



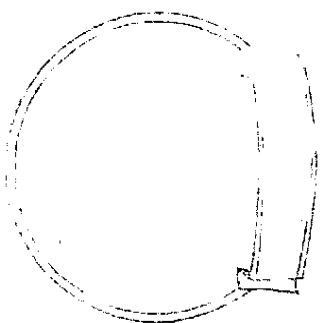
Macarena  
Kissler  
Mendez



Surazul

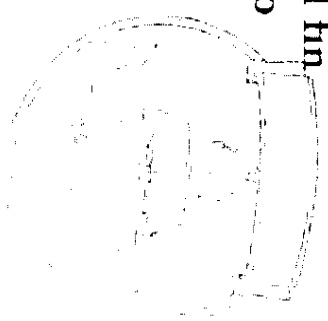
Jorge Ruedinger Vera

Ilustraciones de Andrés Julián





## El puente del fin del mundo



Nadie sabe bien cómo fue que los patos correntinos\* de ese valle comenzaron a hacer su carrera todos los años. Quizás alguno de ellos, más aventurero, vio competir a los humanos; quizás se vieron a sí mismos corriendo tras una langosta. Lo cierto es que cada primavera, cuando florece el pelú\*, hacen su gran carrera desde el salto del río Trueno hasta el Puente del Fin del Mundo.

Era este un antiguo puente ferroviario con un pilar central alto, altísimo, sobre el río que en ese lugar corre profundo y encajonado. Por ser

ese puente el límite del valle y por su negra silueta los animales le llamaban así.

En la primavera de nuestro relato el gran favorito para ganar la carrera era el pato Correacuac.

—Correacuac ganará, ¡claro que sí! —aseguraba un choroy\*.

—Es que es el más rápido de todos los tiempos —decía un pato juarjual\*.

—Ayer lo vi pasar tan rápido que ahora ya no sé si lo vi o no —comentaba un conejo.

En el punto de partida, bajo el salto de agua y muy seguro de sí, Correacuac esperaba entre los otros corredores la señal de largada. Observó a sus rivales, entre los cuales solo uno, el pato Estero, le había parecido veloz. «Será el segundo», pensó.

Digamos que Correacuac tenía

el defecto de comer demasiado. Esa mañana estuvo largo rato devorando langostas y lombrices cerca de la ribera.

—Con el buche lleno les daré una demostración de gran vuelo —explicó a los animales—. Ya he volado tantas veces sobre el Trueno que nadie me podrá ganar.

¡Se dio la señal! Entre gritos y graznidos comenzó la gran carrera...

Con el vigoroso empuje de sus alas Correacuac arrancó lejos adelante. En la primera curva del río se inclinó lo justo para pasar entre una roca y el barranco; más allá pasó veloz bajo un gran tronco inclinado sobre el cauce. La carrera recién comenzaba y sus rivales iban ya muy atrás. «Pueden verlo, soy el mejor», pensó.

Pero fue entonces que sintió dos dolorosas puntadas en el buche.

Eso le hizo perder altura bruscamente, lo que parecía peligroso, aunque algunos de los animales que observaban desde la orilla pensaron que era una muestra de calidad.

Correcuac debió hacer un gran esfuerzo para no caer al agua. Sentía un agudo dolor desde el cuello hasta la punta de las alas y por primera vez pensó que había hecho mal en comer tanto. Tras él, notó que Estero ganaba terreno y, de seguir así, lo alcanzaría en la primera vuelta de la isla Manzana que ya se veía a lo lejos. Luego, solo bastaba rodearla y avanzar poco más para llegar al puente.

Viendo que iba a ser alcanzado, Correcuac tomó una decisión muy arriesgada: «La Garganta del Diablo, ¡por allí pasaré!», pensó.

La isla Manzana se forma al dividirse el río Trueno en un cauce

ancho y principal que da forma a la isla al hacer una vuelta en «u», y otro cauce recto y muy estrecho, en el cual asoma de pronto una afilada roca entre las paredes del barranco. Esa es la Garganta del Diablo. Los patos nunca tomaron esa ruta por lo peligrosa. Correcuac debería hacer un giro casi imposible para pasarla.

Pero ante el asombro de Estero y de los animales que miraban, Correcuac apuntó allí, lanzado en el peor momento por un camino que nunca había volado. La roca fatal asomó de pronto y el pato azotó con violencia un ala contra ella.

Ese fue el final. Correcuac cayó al agua como alcanzado por un disparo, aunque ni el golpe ni el dolor fueron tan grandes como su amargura. Dejó que la corriente lo llevara hasta un arenal bajo los árboles, donde encalló como un barco viejo.

—Si no fui el primero, tampoco seré el último —sollozó.

Entonces escuchó los gritos de saludo al ganador.

La gran carrera tenía otro campeón.

Pasaron los días, muchos días. Correacuac siguió en aquel lugar echado a morir, sin querer ver ni hablar con nadie. Poco a poco, sin embargo, comenzó a preocuparse de sanar su ala rota, ya que tal como estaba sería presa fácil para el zorro. Con mucha paciencia, empleando hierbas para curar la herida y sopor-tando el dolor, fue sanando y después de algún tiempo pudo volar otra vez un largo trecho.

En ese momento que habría

sido de alegría para otro pato menos ambicioso, Correacuac se sintió más triste que nunca. Volaba, sí, pero no como antes. No tenía la misma agilidad ni se sentía tan fuerte. Parecía ser el golpe final para ese correntino que aún soñaba con ser el más veloz.

«Y ahora, ¿para qué sirvo?», se preguntó abarido.

Casi como respuesta oyó charpoteos y un graznido de dolor. Un joven pato colorado\* intentaba volar con tal torpeza que había chocado con una rama. Al acercarse, Correacuac notó que el recién llegado movía con dificultad un ala. «Me hirió un cazador», explicó.

—Podrás volar de nuevo —le dijo Correacuac después de examinarlo largo rato—. Sé por qué lo digo. Pero antes sanaremos esa herida.

Y así, a la entrada del verano,

ese pato llamado Canelar ya volaba otra vez. Vinieron después otros animales heridos y a todos Correcuac les ayudaba a recuperarse. En el valle se comentaba la destreza curativa de aquel pato que alguna vez pensaron ganaría la gran carrera.

A veces, en las tardes, Correcuac nadaba río abajo y estaba largo rato mirando el puente que de pronto se estremecía al paso de un tren. Pero más le impresionaba verlo pasar de noche con su poderosa luz en la frente, con su energía y su ruido.

Cuando en la carrera de la primavera siguiente los animales esperaban la llegada en el puente, uno de ellos preguntó a Correcuac si no añoraba competir de nuevo.

—No, amigo, no. He sufrido mucho con lo que me pasó y con dolor aprendí dos lecciones que

siempre tendré presente. La primera es esta: un pato debe llegar hasta el final. Ese día, aun nadando y último, yo debí llegar hasta el puente; la otra es que un pato madura cuando ya no se quiere engañar a sí mismo. No soy el pato de antes y debo aceptar que no habrá otra gran carrera para mí.

No podía saber lo equivocado que estaba. Hasta ese momento había tomado de la mejor manera su accidente anterior, dedicándose a ayudar a los demás, sin pensar en lo que podría ocurrir en el futuro.

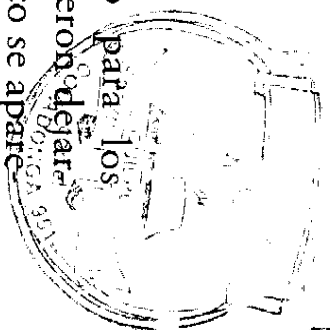
Algunos días después, un grupo de escolares de un pueblo cercano fueron con su profesor al valle a recoger insectos y hojas. Los

niños eran algo nuevo para los animales y muchos quisieron ver. El cóndor\* Abanico se apareció ante ellos simulando perseguir al cuervo de río\* Negrosoy, que se ocultaba de pronto en los lugares más insólitos; Michai, el venado, asomaba entre los arbustos corrido tras el quique\* Chapo. Para los niños y los animales fue un día novedoso y divertido.

—Vamos ya, niños —dijo el profesor en la tarde—. El camino es largo y el tren no espera.

El grupo partió bullicioso y feliz, pero en ese momento comenzó a cambiar el clima. Al soplo de un viento norte cada vez más intenso llegaron nubes grises de lluvia. A las pocas horas era un gran temporal que desarraigó árboles e hizo crecer y desbordarse esteros y ríos.

Ya oscurecía cuando los



de la terrible tormenta perdía el rumbo a cada golpe de viento.

¡Solo había un camino por el que podía volar a oscuras! Uno que recorrió tantas veces hasta que se destrozó el ala en aquella tarde amarga.

Y fue así como en la peor de las noches el pato Correcuac llegó de nuevo al salto del Trueno. Otra vez en la misma huella, de allí hasta el Puente del Fin del Mundo, en la carrera más urgente que imaginara jamás.

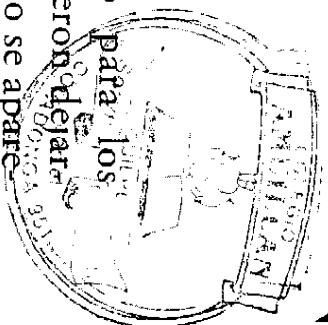
Llegó al primer recodo sin perder altura. El furioso vendaval lo llevaba de un lado a otro del río; de pronto le hacía tocar el agua y luego lo lanzaba al borde del barranco, pero con el cuerpo traspasado de agua Correcuac seguía en vuelo. La astilla de un tronco ribereño le hirió el cuello y sintió la tibieza de la

niños eran algo nuevo para los animales y muchos quisieron dejar se ver. El cóndor\* Abanico se apareció ante ellos simulando perseguir al cuervo de río\* Negrosoy, que se ocultaba de pronto en los lugares más insólitos; Michai, el venado, asomaba entre los arbustos corriendo tras el quique\* Chappo. Para los niños y los animales fue un día novedoso y divertido.

—Vamos ya, niños —dijo el profesor en la tarde—. El camino es largo y el tren no espera.

El grupo partió bullicioso y feliz, pero en ese momento comenzó a cambiar el clima. Al soplo de un viento norte cada vez más intenso llegaron nubes grises de lluvia. A las pocas horas era un gran temporal que desarraigó árboles e hizo crecer y desbordarse esteros y ríos.

Ya oscurecía cuando los



de la terrible tormenta perdía el rumbo a cada golpe de viento.

¡Solo había un camino por el que podía volar a oscuras! Uno que recorrió tantas veces hasta que se destrozó el ala en aquella tarde amarga.

Y fue así como en la peor de las noches el pato Correacuac llegó de nuevo al salto del Trueno. Otra vez en la misma huella, de allí hasta el Puente del Fin del Mundo, en la carrera más urgente que imaginara jamás.

Llegó al primer recodo sin perder altura. El furioso vendaval lo llevaba de un lado a otro del río; de pronto le hacía tocar el agua y luego lo lanzaba al borde del barranco, pero con el cuerpo traspasado de agua Correacuac seguía en vuelo. La astilla de un tronco ribereño le hirió el cuello y sintió la tibieza de la

sangre; le volvió a doler el ala cuando esquivó apenas un árbol flotante que apareció como un fantasma sobre las aguas profundas.

Era el mismo río y el mismo pato y era todo distinto: el temporal, la oscuridad y la desesperación de llegar; era el mismo pato con otro corazón. No se entregaría esta vez.

«¡Un pato debe llegar hasta el final! No puedo fallar de nuevo».

Arriba, Cuco ya había llegado al tren y sacudía a picotazos la ventana de la locomotora sin conseguir que el maquinista le entendiera.

—¡Este pájaro quiere matarme! —gemía el hombre, y le dio más velocidad al tren en la última curva antes del puente.

Correcuac llegaba a la isla Manzana cuando vio la luz. ¡Ya no quedaba tiempo y apuntó a la Garganta del Diablo otra vez!

Apenas distinguía el camino a volar. La roca debía estar cerca. ¡Ahorra! Y entonces se iluminó todo. Un rayo gigantesco surcó sobre cielo y tierra. Con un ruido colosal abrió en cien partes un roble centenario y lo arrojó al fondo del abismo. Tronco y ramas volaron sobre Correcuac cuando con un giro prodigioso cruzó apenas entre la temida roca y la pared. ¡Había logrado pasar! Y entonces contra un viento que lo volteó diez veces sobre el vacío pudo llegar hasta la boca del puente. El pato batió las alas desesperado para volar al encuentro del tren.

—¡La luz, Cuco, apágale la luz! —alcanzó a gritar.

Correcuac cayó al borde de la línea. Cuco dio dos, cuatro, diez feroces picotazos al cristal del foco sin poder destruirlo, ¡pero la luz había

que apagarla! Cruzando sus alas delante de ella oscureció el camino. Enceguecido en la tormenta, el maquinista aplicó los frenos hasta que el tren se detuvo, a cinco metros del abismo.

—¡Ahora sí que me fregó este pájaro! Pero no pienso bajarme para que me... ¡Santo Cielo, no hay puente! —exclamó el hombre arrodado.

El gran búho había cerrado las alas y el foco iluminó el enorme vacío, pero ya todos estaban a salvo.

Al poco rato el tren comenzó a retroceder hasta el pueblo cercano. Cerca del sendero de hierro iluminado por la luz que se alejaba, Cuco logró encontrar al pato entre los arbustos.

—¿Estás bien, amigo pato, estás bien? ¡Lo hicimos, Correacu!, ¿Correacu? ¡¡Correacu!!

Pero el pato herido, cansado y sangrante, con la cabeza bajo el ala, dormía tan profundo que no despertó sino hasta el día siguiente, cuando al amparo de un hermoso sol de amanecer fue despertado por el grupo de animales para decirle que por siempre tendría el cariño y la gratitud de todos por haber ganado la más importante, audaz y solitaria de todas las carreras.





## Hojas de pluma

*De pronto en el silencio verde  
el carpintero toco toc*  
Pablo Neruda

—*Esta noche es Nochebuena y  
mañana Navidad*—dijo el viejo Carlos,  
junto al escritorio, recordando  
una también vieja canción.

—Y no va a estar solo, don  
Carlos, viene su hija Clarita con los  
niños, ¿verdad?—dijo Julio, el carpintero,  
desde la cocina, donde daba  
los últimos toques de pintura a un  
nuevo mueble.

—Sí. Clarita, su esposo y los  
niños, Carmen y Daniel, llegarán  
mañana muy temprano. Pensaban  
estar hoy aquí, pero tú sabes, vienen  
de tan lejos. Les tendré listo el árbol,

como siempre, con sus adornos y las lucecitas, eso les gusta a los niños. Después van a salir a corretear al patio, a ver si me rompen un vidrio de un pelotazo otra vez—el viejo rió de buena gana—. Ese Danielito, el menor, es el más rufián, se sabe los cinco tomos del cateo de la laucha.

—Entonces, en cuanto termine voy a entrar el árbol, se lo dejo acá y...

—No, no. Déjeme que haga el trabajo completo. Me gusta eso.

—Pero usted...—Julio miró a Carlos y su silla de ruedas, el único medio en que el viejo podía moverse después de su enfermedad.

—No —Carlos palmoteó las ruedas—. Yo me entiendo bien con esta. Siempre voy al jardín, riego las plantas, podó los rosales. No es problema, Julio, que tan viejo no es-toy. Ya tengo pensado como voy a traerlo. Tengo todo el día para eso.

—¿Y si llueve?

—Me mojó —y Carlos volvió a reír.

Luego tecléó otra frase en su máquina de escribir. Ayudado con una lupa, volvió a observar con detención una foto a color, de las tantas que tenía dispersas sobre el escritorio, frente a la ventana que daba al jardín.

—Usted sí que sabe harro, ¿ah? —dijo Julio mientras revolvió la pintura—. Lo que está escribiendo ahora, ¿es sobre pájaros también?

—Sí. Mira las fotos que en-vían mis amigos. Ellos son mis ojos ahora que apenas puedo salir. Mira esta, mira, este es un canastero de cola larga\*, en su nido de la cordillera. ¿Ves la cola, ves la mancha amarilla en el pecho?

—¿Es cierto que usted habla

con los pájaros? Uno no lo cree, pero la gente en el pueblo dice eso.

—No digas disparates. ¿No te han dicho también que salgo a volar? Mira mejor esta otra foto. Este lo conoces: es un martín pescador\*. Este es un macho, míralo, un lindo ejemplar. «Porque el pescador Martín solo se nutre de arcoiris, de la luz que ondula en el agua», como dijo el gran poeta.

—¿Don Pablo?

—Sí. Don Pablo Neruda...

—¿Usted lo conoció?

—Una vez estuve con él, fue un gran honor poder conversarle.

—Era muy inteligente, muy famoso, ¿no?

—Más que eso, Julio, más que eso. Era un hombre bueno, y eso es lo más grande que se puede decir de un hombre.

—¿Y hablaron de los pájaros?

—¡Desde luego! Él sabía mucho de eso...

Julio sabía que Carlos podía estar días enteros hablando de los pájaros. Era su pasión. Desde que había jubilado como profesor de ciencias, el viejo había vuelto a su pueblo del sur. Escribió allí dos o tres libros sobre las aves y sus costumbres, y ocasionalmente le visitaba gente de la universidad. Le llegaban muchas cartas, y más que nada fotos que sus amigos y antiguos alumnos tomaban para él. Los del pueblo lo veían todos los días perderse en los bosques o seguir el surco de los ríos con su libreta de apuntes y sus binoculares. Pocos años antes había quedado viudo y el viejo sintió el golpe, pero no dejó de recorrer, de preguntar, de mirar y escribir. «Solo tengo dos caminos —decía—, uno me lleva al final llorando como un tonto; el otro

me lleva a los bosques. Los pájaros no han muerto y yo tampoco».

Cuando al año siguiente una antigua enfermedad lo llevó a una silla de ruedas, muchos pensaron que el viejo no podría soportar este nuevo dolor. Pero no fue así. «Sigo teniendo dos manos y un cerebro —dijo—, así que no hay disculpa para dejar de trabajar».

Julio se fue al mediodía. Tras almorzar, Carlos dormitó un rato en su silla. Lo despertó la lluvia que se había iniciado como suave rocío y luego fue un fuerte aguacero que sacudía el techo como miles de tambores.

«¡Carlos, viejo, manos a la obra!», pensó.

Se cubrió con la manita que llevaba en su silla y salió al patio por la puerta que daba al jardín. Había allí un corredor de pórticos y una

rampa de suave pendiente por donde descendió. Con agilidad enfiló por uno de los senderos de piedrecilla, pasó bajo el viejo pino de Navidad, que ya era un fuerte y bello maño de unos cinco metros de altura, torció y se detuvo a la derecha, apuntando a la caja de madera que acogía el nuevo árbol. «Vamos amigo, que hay que decorarte». La fuerza que ya no tenía en sus piernas sí la poseía en sus brazos. Se agachó para tomar la caja con ambas manos. Faltraba un poco, un poco más adelante. Movié la silla hasta que las ruedas delanteras salieron del camino. La lluvia era más fuerte cada vez.

«Ahora sí», se dijo. Tomó la caja con fuerza y la atrajo hasta ponerla en el peldaño de la silla. Entonces sintió el crujido, como si le hubieran quebrado un hueso. Una de las ruedas se había enterrado en

la tierra removida y con el esfuerzo había quebrado el eje. Y allí estaba él, bajo el aguacero y sobre una silla inútil. Con gesto resignado devolvió la caja al terreno y luego, bajo el agua inclemente, ocultó el rostro entre las manos. «¿Cómo pude ser tan torpe, esta tierra se ablanda con la lluvia! ¿Qué me habría costado traer una tabla o...? ¡Esto no me pasó por inválido, sino por tonto!» Levantó al cielo el rostro empapado por el agua y se dio diez golpes de puño en las sienes.

Entonces sintió el otro repiqueteo, distinto al de la lluvia. Lejos de él, un pájaro carpintero\* estaba afanado en taladrar el tronco de un gran roble. A ratos el ave dejaba su labor y lo miraba con atención. Luego volvía a atacar con más fuerza. «Tú no tienes estos problemas, amigo —pensó el viejo—, porque eres un

hermoso *Campephilus magellanicus*\*, que sabe hacer bien las cosas». Volvió a mirar el árbol de Navidad, imaginando mil soluciones, pero ya no había nada que hacer. Si solo lograba volver a la casa, eso ya sería una hazaña.

Y así fue. Tras mucho tiempo de esfuerzo, cansancio y dolor, apoyándose a duras penas sobre las viejas piernas y el respaldo de la silla, Carlos logró al final entrar de nuevo a la casa. Con un último esfuerzo pudo secarse y avivar el fuego de la estufa. Preparó un café muy caliente y miró al patio en la penumbra del atardecer. Entonces vio otra vez al carpintero sobre la baranda del corredor, mirándolo curioso a través de los cristales. Luego, el viejo cerró los ojos y se durmió profundo, tan profundo que repitió cien veces un mismo sueño.

En él se veía tratando de poner bajo el árbol del patio los juguetes de los niños. Lo intentó tantas veces y no podía conseguirlo. Cuando ya parecía llegar con los paquetes en su regazo, la lluvia se hacía un torrente que lo volvía a alejar, flotando sobre su silla, a los bosques más distantes y extraños...

—Son las ocho, cú-cú, son las ocho. Feliz Pascua, abuelo dormilón —Clarita lo despertó con un beso y un suave tirón de cabello—. ¿Cómo estás? ¿Qué pasó, viejo? No te ves muy bien.

Carlos respondió débilmente al abrazo, aún semidormido. Luego, entraron los niños arrastrando maletas y se lanzaron a abrazarlo.

—¿Duermes aquí, abuelo?

—¿Estrabas esperando al Viejo-Pascual?

—¡Uyyy, mira Carmen, el abuelo rompió su silla!

—Llegamos con hambre.

—Sí, en un tren inmeeeeen-so! Te cuento que en el viaje...

—¡Mira, papá, está rota la silla del abuelo! Mira la rueda como está.

Más despierto, el viejo saludó a Felipe, su yerno.

—Le traje un pan de Pascua que parece un cerro, suegro... ¡Sí, sí, Daniel, vamos a comer ahora!, pero tu abuelo lo corta primero. ¿Qué pasó con la rueda?, ¿dónde tiene sus herramientas? Eso lo arreglamos rápido.

Clarita, preocupada, ordenaba la mesa. Felipe arreglaba la silla. Los niños comenzaron a trajar sus maletas. Todo se hizo activo y alegre.

—Abuelo, ¿y el árbol de Pascua?—interrogaron los niños con paqueres de regalo en sus brazos.

—Ahhhh —suspiró Carlos—. Esa es una triste historia, niños—y les contó el accidente del día anterior—. Estoy muy apenado —concluyó—, porque no tuve listo el árbol y porque ustedes tienen un abuelo muy viejo y muy tonto.

—No puedes decir eso —le reprochó su hija—. Primero vamos a tomar un buen desayuno; después Felipe y los niños traerán el árbol. Lo vamos a decorar entre todos y pasaremos la más linda Navidad. ¿No has visto el día? Hay un sol precioso. Mira —Clara abrió las cortinas hacia el patio—, es un día ma-ra-vi-llo-so y... ¡Papá, mira!

Se volvió temblorosa, se quebró su voz. Todos corrieron a la ventana.

—¡Míralos, allí están!

¡Sí, allí estaban! El alto y antiguo árbol de Navidad era ahora un árbol de Navidad viviente. En la perfecta simetría de sus colores, de sus trinos, de sus plumas. Con un coro de alas, con una sinfonía de luces en sus ojos de estrellas, allí estaban los pájaros, allí parecían estar todos los pájaros del mundo.

Para el viejo Carlos no hubo cansancio ni mal dormir. «¡Vamos, vamos!» Voló en su silla hasta la puerta. Salieron todos al patio, ansiosos, acercándose al árbol con la prisa y el sigilo de quien no quiere romper un regalo de cristal.

—¡Mira, abuelo! —murmuró Carmen—, allí está la loica\* que vimos una vez en el cerro. ¡Es la misma, yo la conozco!

—¡Allí esta el zorzal\* que una vez se llevó mi pan!, ¿te acuerdas?

—añadió Danielito—. Allí, al lado de la tarcaza.

—Torcaza\* —corrigió Carmen.

—¡Sí, sí, míralo!

Frente al árbol, extrasiados ante un arcoiris hecho de pluma y canto, sus ojos saltaban de un ave a otra. ¡Si estaban todas! Los trichue\* que venían de las grandes araucarias; los chucac\* que hacían su vida entre el laberinto de las quillas\*; el run-run\* de los ríos del Llanquihue; las golondrinas\* de los lagos perdidos en la niebla; los chincoles\* que despertaban becerros\* en cada amanecer; el pidén\* que cada madrugada saludaba a los niños de la escuela de campo; el chercán\* que cada mediodía contaba las hojas caídas de su montaña.

El carpintero saludó con un toco toco. «Tú debes haber sido, tú

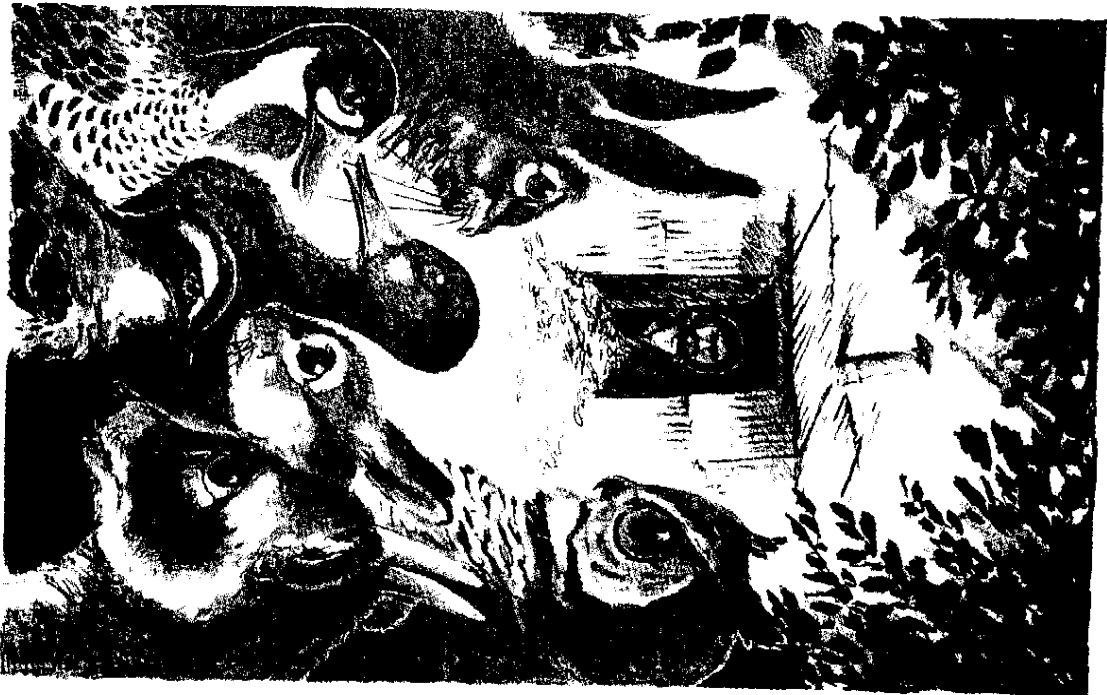
armaste todo esto», murmuró el viejo, agradecido.

Ni siquiera pestañeaban. Querían dejar los ojos abiertos hasta el alma por ese instante. Porque sabían que esto no podía durar mucho; que las aves tendrían que reventar en vuelo de pronto; que los esperaban sus pichones, sus nidos en el viento.

Y nadie más habló. Solo Clarita apoyó su mejilla en la del viejo y dijo en susurro lo que todos bien pensaban:

—¡Viejo lindo!, este árbol también lo decoraste tú.





## El fantasma de la casa de lata

En un claro del bosque y muy cerca del río estaba la Casa de Lata. Era una antigua casa de tres piezas, construida y abandonada quizás cuantos años atrás por un colono que nunca volvió. Allí se reunían los animales de ese valle en las tardes de lluvia. Allí conversaban de sus problemas. Allí los animales más andariegos contaban esos cuentos de los hombres que vivían muy lejos del valle.

Una tarde la liebre Saltacerros echó a correr desde la Casa de Lata hasta el río. Se le veía nerviosa y preocupada, y no contestó a las preguntas de los otros animales.

—Busco al paró Plumacho



para contarle algo muy grave que está pasando —se limitó a decir. Esto hizo que muchos la siguieran para ver qué cosa era tan grave para la juiciosa liebre.

Como Plumacho, el pato real\*, era muy apreciado por su buen criterio, a él acudían los animales cuando tenían alguna dificultad. La liebre lo halló al borde del barranco.

—¡Plumacho, algo terrible está pasando en la Casa de Lata! Escuché ruidos raros que me pusieron tiesas las orejas. Debes ir a ver.

Y partieron allá seguidos por un grupo de animales cuyo número aumentaba según se acercaban a la Casa de Lata. Ocultos tras el follaje observaron con temor. En efecto, desde su interior se escuchaban pasos, golpes y de pronto un grito que comenzó como lamento y terminó con fuerza aterradoras:

—¡Ayyyyyooooooooooooooooo!  
Ya oscuro, una tenue luz iluminó la ventana. A ratos una silueta enorme ensombrecía los viejos vidrios. Varias veces volvieron a escuchar el grito.

—Es la sombra de la muerte  
—dijo Saltacerros, remblando.

—No. Es un monstruo  
—dijo el conejo Gaspar.

—No. Es un fantasma  
—intervino el búho Concón\*.

—¡Hay un fantasma en la Casa de Lata! —murmuró Plumacho.

Y aquella noche todos los animales del valle supieron del fantasma de la Casa de Lata, que era enorme, feroz y lanzaba gritos tan aterradoros que hasta podían paralizar en vuelo a un ave nocturna y dejarla allí suspendida para siempre.

Toda la noche y a la mañana siguiente varios animales se mantuvieron

arentos a lo que ocurría en la casa. Informaron luego a Plumacho.

—¡Es terrible! Los gritos son de otro mundo y cuando cesan se escucha un ruido extraño, distinto a todo lo que hemos oído—y trataban de explicarlo sin que nadie entendiera nada. ¡Era tan difícil, repetir ese ruido!

—Es algo así como *pin-pin-pin, clumba clumba parai-pin-pin, clóm clóm cric-pin, tina tura, tara-tá*—dijo el gruñón Parofiero, indignado porque el misterioso ser que habitaba la casa no los dejaba reunirse allí para conversar de sus cosas y escuchar buenos cuentos.

Esa noche, entre los golpes y los gritos aterradoros, los animales oyeron también ese otro sonido que Parofiero malamente había repetido.

—Eso es lo que los hombres

llaman música —aseguró el búho Concón.

—Entonces es la música de la muerte—agregó Saltacerros.

—No. Es la música de los monstruos—dijo el conejo Gaspar.

—No. Es la música de los fantasmas—continuó el búho.

—Entonces, es la música del fantasma de la Casa de Lara—concluyó Plumacho.

Y esa noche se dijo a todo lo largo y ancho del valle que el fantasma de la Casa de Lara tenía su música propia de fantasmas.

En parte por miedo y también para dedicarse a sus cosas, los animales comenzaron a alejarse de la casa y su habitante, pero el asunto los seguía preocupando. Solo el búho hizo vigilia por varios días hasta que logró ver de cerca al terrible ser. Llamó luego a los animales:

—Lo pude ver de cerca, Plumacho, como de aquí adonde estás tú. Casi me muero de miedo cuando gritó, pero, ¿sabes?, no es un fantasma sino un hombre enorme y feroz. Su pelo es largo y le cubre también la cara. En cuanto a sus gritos estoy seguro que son de dolor, porque al mismo tiempo se cubre la panza con las manos.

—No. Esas no son manos, son las patas de arriba —aseguró Gaspar.

—Y allí no está la panza, sino el corazón, lo que hace tan-pún, tan-pún —agregó Saltaceros.

—¡Es la panza! —gritó el búho.

—¡Basta! —intervino Plumacho—, el búho Concón sabe más de eso que nosotros y ni yo le voy a discutir. Quedamos en que son las manos y es la panza y se acaba el lío. Ahora, ¿qué hacemos?

—Cuando me duele la panza

mastico hojas de laurel —dijo Plumagris, el paro cuchara\*.

—No. Lo único bueno para eso es la menta negra —aseguró Gaspar.

—Conejo loco. Eso sirve para la cabeza y las quebrazones. Para la panza lo único bueno es el laurel, como dijo Plumagris —gruñó Parofiero.

—Bien, basta ya. Esta noche le dejaremos hojas de laurel en la puerta.

—Y que se mejore y se vaya pronto para que nos devuelva nuestra casa —refunfuñó de nuevo Parofiero.

Así lo hicieron. A la mañana siguiente, al salir, el hombre encontró un montón de hojas y ramas recién cortadas frente a la puerta. Furioso buscó huellas humanas en las cercanías.

—Esto debe ser una maldición o la broma de algún imbécil —murmuró, y luego se volvió a gritos hacia el bosque—. ¿Quién me está molestando? ¡Déjenme tranquilo, quiero morir en paz, váyanse!

A puntapiés esparció las hojas. Luego se encerró en la casa.

—Me da rabia haber perdido el tiempo en el bosque anoche —se lamentó Paroñero.

—Me da pena por él —dijo Plumacho—. ¿Cómo decirle que eso le hará bien?

Luego escucharon la música, solo unas cuantas notas y otra vez los gritos. Los animales se alejaron en silencio.

Vinieron días de lluvia y frío en que el hombre salta de vez en cuando a buscar leña. La enfermedad le atacó con fuerza y al parecer

le escaseaba la comida. Una tarde salió caminando con dificultad, recogió agua en una olla y con gesto de rabia arrojó en ella unas cuantas ramas.

—Por lo menos esta basura le dará algún gusto —murmuró.

A la mañana siguiente se sintió mucho mejor. ¿Sería por la bebida? No lo sabía, pero volvió a prepararla muchas veces hasta que las hojas, marchitas ya las últimas, se acabaron. Luego pudo salir largo rato a reñorrear el bosque para hallar el árbol cuyas hojas tan bien le habían hecho. Pero en ese lugar los laureles son tan hermosos como esos casos y volvió con las manos vacías. Solo una hoja encontró frente a la casa y se volvió al bosque, masti-cándola:

—¡Quiero más, más! ¿Me oyen? Me hizo bien y quiero muchas

hojas más. No pude encontrarlas, pero ustedes saben dónde hay más —dijo con desconsuelo y mirando con ansiedad hacia el bosque. Repitió su pedido hasta quedar ronco.

El pato Plumagrís lo vio. Las aves llevaron el pedido a todo el valle. Esa noche juntaron tal cantidad de hojas ante la puerta que cuando el hombre la abrió al amanecer, se le fueron encima haciéndolo caer.

—¡Santo Dios! Pude ser el primer hombre en morir aplastado por sus remedios.

Se rascaba la cabeza con incredulidad y alegría.

Los animales escucharon luego una música distinta desde la casa, unas notas suaves y alegres que los mantuvieron cautivados largo rato. Luego el hombre salió a examinar las huellas cercanas a la casa.

—Solo son de patos, conejos o liebres y qué sé yo —se decía—. ¿Será posible?

Y los llamó a gritos, pero nadie contestó. Los animales aún tenían miedo.

Día tras día siguió repitiendo sus conciertos de guitarra, ya que esa era su instrumento musical. Cada vez se le veía mejor y desde temprano recorría el bosque y la ribera del río a grandes zancadas. Su semblante era más sereno y risueño. A veces se quedaba quieto muchas horas fuera de la casa, observando el bosque. Al ver los ojos de algún animal, sonreía sin decir nada.

Una madrugada de sol le vieron recoger una a una todas las hojas de laurel que pudo meter en dos grandes bolsas. Comenzó luego a trajinar en el interior de la casa. Los animales, que esperaban la música,

comenzaron a impacientarse. El hombre se iba. Dejó afuera una vieja maleta café y habló hacia el bosque:

—Me voy, amigos. Ya me recupere. ¿Querrán ahora venir para que los vea y los conozca? Les haré un regalo, también.

Trajo la guitarra y en el claro del bosque tocó la melodía más hermosa que nadie hubiera oído. A ratos la música tenía la fuerza de un torrente y el ritmo de las cascadas, para seguir luego con la certeza y suavidad de un vuelo de golondrina. Tenía en sus acordes al viento que inclinaba los grandes alerces\*, la gracia de las bandadas y la melodía de todos los arroyos del mundo a la vez. Nadie supo cuanto duró ese momento maravilloso, y cuando el hombre dejó de tocar, la música siguió surcando entre los montes y los ríos como un regalo de eternidad.

Plumacho y Gaspar fueron los primeros en asomar al claro. Luego fue Plumagris, Saltacerros, Patófero y muchos otros. Solo Concón permaneció en su árbol porque de día le era muy difícil volar. El hombre miró a los animales con emoción y acarició por largo rato la superficie y las cuerdas de la guitarra.

—Esta la dejaré aquí para ustedes —dijo ante los animales que escuchaban con respetuosa atención—, y no podrá quedar en mejor lugar. Es todo cuanto puedo darles. No tengo nada más que dos cosas en el mundo: esta guitarra en mis manos y este corazón nuevo en el pecho. La guitarra se las dejó y el corazón se los debo.

Dio un largo suspiro antes de continuar:

—¿Saben?, no creo que me

entendían, pero he pensado muchas cosas en estos días. Se preguntarán por qué llegué aquí. Yo venía huyendo de lo que dije y lo que me dijeron, porque nosotros los humanos tenemos un lenguaje maravilloso que a veces empleamos solo para decir cosas que nos hieren. Así, por una tonta discusión dejé mi gente y mi pueblo. Luego, el rencor y la rabia me hicieron enfermar. Pero Dios quiso —aquí el hombre los miró con cariño— que en este lugar estuvieran ustedes, que aún en el peligro de la noche buscaron una medicina para un hombre que nada les había dado.

«Amigos, lo que vale no es lo que decimos a los demás, sino lo que hacemos por ellos. Les doy gracias por haberlo comprendido antes que fuera demasiado tarde. Ahora vuelvo a los míos.

Envolvió la guitarra con las

ropas que le abrigaron y la depositó en un rincón de la Casa de Lara. Luego, tras despedirse de los animales, se marchó río abajo.

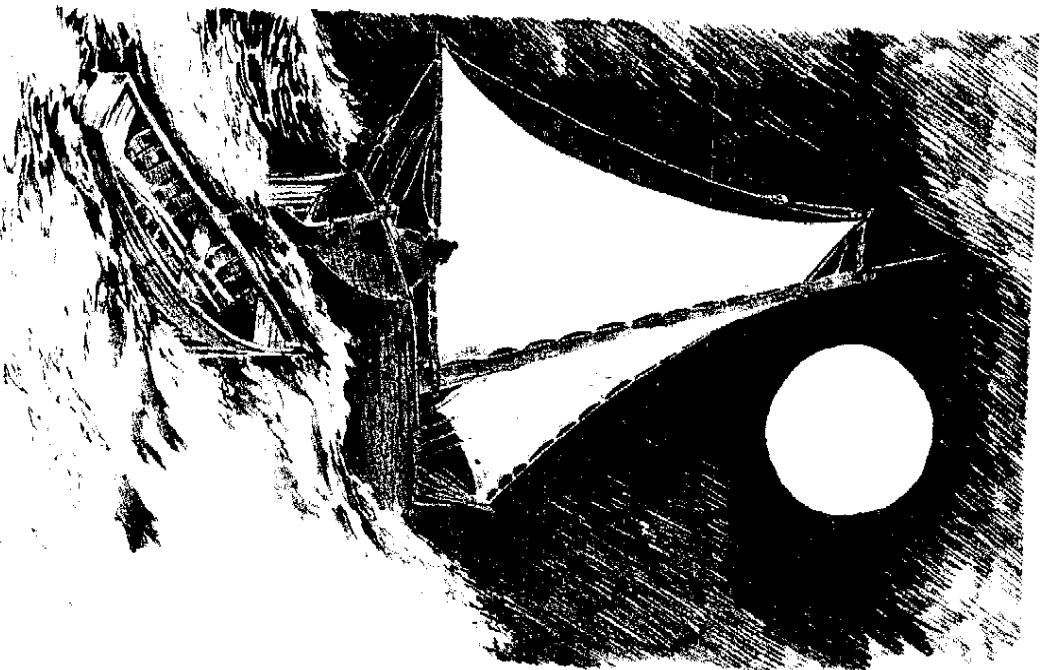
—Nos dejó la chicharra —dijo Gaspar, con emoción.

—Chicharra no, conejo loco, chararra —gruñó Paroífero.

—Chararra no, ¡guitarra, guitarra! —gritó el búho desde los árboles.

—Nos dejó la guitarra —concluyó Plumacho—, y la guardaremos hasta que vuelva otro humano bueno como él, para mostrarnos la tierra y el cielo en su música.

Y se quedaron allí hasta que el hombre asomó por última vez en el monte, agitando su mano en despedida.

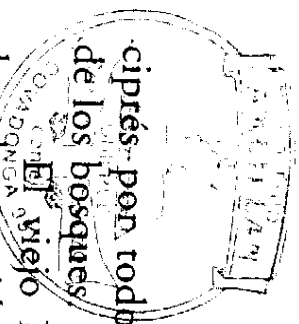


## El bote de ciprés

El bote que Pedro recibió de su padre tenía el mismo aroma de la casa en que vivían; el mismo de los pasillos de la escuela y de los mástiles del chalupón\*. Porque era de ciprés de las Guatecas\*. Cuando recibió como regalo algo tan chilote como un bote de ciprés, Pedro pensó que su mundo era bueno, que su mundo tenía el aroma de esa madera.

—Es un buen bote, Pedrito. Lo hizo el viejo Nancho, el mejor botero de las islas. Fue el último que hizo antes de dejar este mundo. Lo quería pasa usarlo él, pero ya estaba muy viejito y enfermo. Su hijo me lo vendió. Mira, es puro





60

—ciprés por todos lados, del mejor de los bosques de toda una vida y luego botero. De él se decía que frente a su casa recababa el Caleuche\*, el barco fantasma, en las noches de pleamar\*. Dicen que en ese barco navega ahora para siempre.

—¡Y qué buen bore era este! En él, Pedrito podría ir desde su isla de Laitec a la del frente, a Cailín, o al puerto de Quellón.

—Cuando yo no pueda ir lo llevarás tú, papá, al tiro del chalupón, para que bajes a la playa cuando ancles a medio. Para que navegues más seguro.

Y le fabricó un sachó\*, le pintó la baranda con la pintura aguamarina que les sobró de la casa, años atrás, y con la seriedad y caligrafía de sus nueve años trazó a

61

ambos costados de la proa el nombre *Lobo*, por los viejos lobos de mar de Chiloé.

Y Pedro y su hermanita, la Chalía, iban por la costa recogiendo peces y mariscos para la mesa familiar. A veces un gran pez picaba el anzuelo, ¡qué tesoro! Luego anunciaban de lejos el regreso: «¡Mamá, miraaaaa!». Y las gaviotas extendían con su grito el de los niños sobre el azul inmenso del mar.

Al entrar el invierno los paseos se hicieron más escasos. Veían al Lobo salir y volver tras el chalupón. Su padre y el tío Luis llamaban al llegar:

—Pedrito, descarga tu bore, chico, que ahí viene la harina y la yerba. Algo tiene ese bore, no sé qué  
—Nano se rascaba la cabeza increíblemente—, no sé qué...

—¿Por qué? —preguntó doña Rosa.

—Mira. Luis no lo amarró bien y se nos soltó del chalupón frente a Punta Lapas, poco más allá o más acá, no sé. Pero el bote no se fue. Nos seguía como un perro. *Contra el viento.*

—Ideas tuyas, Nano.

—No sé.

Vino el invierno. Con el mes de junio llegó esa noche que no olvidarían. El temporal estremecía tierra y mar. Se sentía entre los crujidos de la casa el golpe tremendo de las olas contra la gran roca de la playa, donde los niños se encaramaban en las mareas más bajas. Ante la lumbre estremecida por el viento que se colaba bajo las puertas, los niños no dejaban de

pensar que su padre no volvía en el chalupón.

—A acostarse, chicos —dijo doña Rosa—, y no piensen tonterías porque el Nano seguro que se quedó en Quellón hasta que esto pase. ¡Ya, a la cama!

La Chalia se durmió. Pedro adivinaba entre el viento los suspiros de su madre. El niño sabía que del puerto debían traer una medicina para un vecino muy enfermo. Solo por eso su padre intentaría el regreso como fuera. Alcanzó a rezar varias veces por él antes de sentir cómo el chalupón raspaba las piedras de la playa. Habían llegado.

Pero no todo volvía a ser bueno.

—Pedrito, el Lobo se nos perdió. Se soltó no sé cómo —a Nano le temblaba en las manos la taza de café. Explicó que el bote estaba bien amarrado; que el mismo lo anudó;

que el cabo era nuevo; que jamás podría haberse soltado.

—Pero se fue y se fue no más —dijo abarido—, no sé bien en qué parte pero fue cerca de aquí. Nosotros apenas podíamos con los remos y el timón.

—Mañana será otro día, ahora demos gracias porque llegaron bien —dijo doña Rosa.

Esa noche Pedro apenas durmió. Sin quererlo se imaginaba cien muertes para su bote, despedazado por el oleaje o perdido para siempre al sur, en el temido Golfo de Corcovado.

El día siguiente fue de bonanza. Pedro y Nano salieron temprano a buscar el bote. Navegaron hasta Quellón sin verlo.

En el puerto encontraron al viejo capitán. Grande y bueno, el capitán les contaba siempre de sus

historias de mar adentro o de los temporales de comienzos de siglo, cuando las olas despedazaban los buques extranjeros contra las rocas de Guamblin.

—Pero a los botes de la gente buena los guían los chilores marinos que ya no están. Tranquilo, Pedrito, que el Lobo va a aparecer. Sigue buscando, perrito que busca tiene que encontrar su hueso.

Quando volvieron al muelle, allí no se hablaba de otra cosa. Una familia entera de la isla de Caifán había salvado por milagro la noche anterior. El temporal volcó su chalupa y por largo rato estuvieron aferrados a los restos del naufragio. Parecía que no habría salvación,



cuando apareció de pronto ese bote pequeño, misterioso, que quién sabe cómo llegó hasta ellos. Remaron hasta alcanzar la playa y al volver la vista el bote había desaparecido.

Pedro no necesitó que le dijeran cómo era esa embarcación.

—Te lo dije muchas veces, hijo, tu bote algo tiene —decía Nano al regreso.

Cuando llegaron, el Lobo se mecía con las olas, frente a la casa.

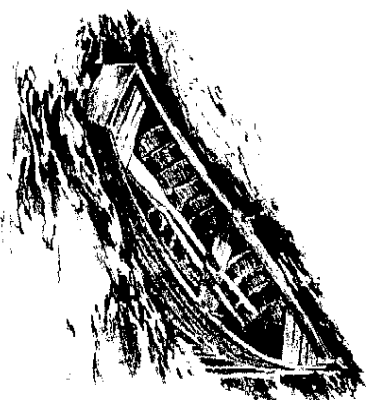
Si el mar está calmo, Pedro y la Chalká vuelven a navegar. Van de playa en playa y sacan el alimento precioso del mar.

Algunas vecinas ancianas de negro chal se persignan cuando ven el bote. Otras gritan: «¡Pedrito, ata

tu *gote* porque viene un temporal!».

Cuando viene el temporal... Es muy distinto lo que el niño hace entonces. Despierta en la noche por las sacudidas del viento y el gemido de los árboles, se levanta presuroso y va hacia la playa, desata el Lobo y lo empuja mar adentro hasta que la baranda color aguamarina se pierde en la oscuridad.

Entonces vuelve a casa tranquilo. Su bote vigila en la noche y el mar.





## La laguna de los quién sabe

Cada mañana, cuando se iba a la escuela con su bolsón y su pan con dulce, Antonio bordeaba la pequeña laguna que estaba al comienzo del camino viejo.

Cada mañana lo saludaban los pájaros que saltando de rama en rama lo acompañaban alegres y curiosos hasta la otra ribera. El niño pasaba silbando, a veces presuroso. Si tenía tiempo se divertía recogiendo piedras planas que hacía rebotar sobre la superficie quieta del agua.

Era una laguna alargada, en cuyo contorno y como verde cortina había una gran cantidad de



renovales, árboles de quince años o poco más, que hacían que desde adentro la laguna se viera íntima y silvestre, como una plaza nativa entre los campos de sembradío.

La laguna estaba en un extremo de los terrenos de don Froilán, el vecino, un hombre algo ruído que a Antonio no le agradaba.

«Antes era una laguna más chica, alimentada con la misma vertiente —le había contado Tomás, su padre—, de allí sacaron rípio hace tiempo, para arreglar el camino viejo. Yo también ayudé».

Un día llegó a la laguna una veintena de patos silvestres de plumas arcoiris que anidaron en la pequeña isla redonda que había al medio y tuvieron sus crías de primavera allí.

—Nunca había visto patos de esos —dijo una noche Tomás—.

Son bonitos. Quién sabe de qué raza serán.

—Y son mansos. A mí ya me conocen —agregó Antonio, que todos los días llevaba grano y carifíno a sus nuevos amigos—. Quién sabe por qué se quedaron.

—O sea que esa es la laguna de los quién sabe —concluyó doña Marta, su madre.

Pero una mañana de noviembre Antonio se encontró con que en el contorno de la laguna no había nada. Nada de nada. Habían talado todos los árboles durante el día anterior. De ellos, solo quedaron troncos que a lo más le llegaban a la rodilla. En una punta de la laguna, como una proa o espolón, solitario y viejo, quedó solo un enorme coigue que parecía parte de la laguna y su triste destino y que por su tamaño sobrevivió a la matanza.

Si en una palabra Antonio pudiera describir lo que sintió, aquella era desolación. Ya no había hojas ni pájaros contra el cielo; ya no se oían trinos ni ramas sacudidas por el viento. «Así deben ser las guerras», pensó. En el suelo había restos de ramajes, barro y aserrín. La laguna estaba al desnudo, como una casa sin paredes, ya no había reflejo de árboles en sus aguas serenas. Los patos parecían asustados, sin atreverse a salir de su isla.

«¿Qué habrá sido de los pájaros?», pensó Antonio y se fue muy triste a la escuela.

—Don Froilán cortó todos esos árboles, y muchos otros, su campo es grande—explicó esa noche Tomás—. Cortan los árboles nuevos porque son buenos para aspillas y es más fácil cargarlos. Parece que es buen negocio.

—Por lo menos los patos se salvaron.

Su padre lo miró, preocupado.

—No, Toño —dijo—, no. Mañana va de cacería con sus amigos. A mí también me invitó. Tú sabes que no me gusta eso y no iré, pero tenía que decírtelo. Según él, los patos le van a comer las semillas de sus siembras.

—¡Pero eso no es así! Son apenas unos pocos patos.

—Tú sabes cómo es él.

—Los patos no pueden defenderse y los árboles tampoco, pápá —dijo con angustia y amargura—. Don Froilán es un hombre muy poderoso.

El niño no quiso comer y se levantó.

—Toño...  
Se volvió.

—Sabes que pienso lo mismo que tú, pero tienes que darte cuenta que ese es su terreno. No podemos hacer nada.

Antonio subió a su pieza pero no se acostó. Se sentó en la cama y allí estuvo por horas, con la luz apagada y la cabeza entre las manos. «Lo único que no puedo hacer es quedarme de brazos cruzados hasta oír los disparos», pensó.

Había luna llena y era ya más de medianoche. Por la ventana veía parte del camino viejo y se imaginó a los patos durmiendo en su isla, ignorantes de un destino aún más cruel que el de los árboles. Recordó palabras de su madre: «la fe mueve montañas», decía ella siempre. ¿Montañas, solo montañas, Antonio?

Se levantó con prisa, tratando de no hacer ruido. Bajó la escala

descalzo, cuidando no pisar los peldaños más chillones. Las puertecillas atrás sonaba al cerrar, por lo que la dejó entreabierta. La noche era helada, bella y silenciosa. Su perro Radal asomó bajo la casa, desesperanzándose, se sacudió y lo miró con curiosidad, torciendo el cuello, luego lo siguió cuando Antonio cruzó hasta el galpón y se puso al hombro el lazo de los caballos. El niño tomó rumbo a la laguna.

La luna llena plataba los senderos, los cercos y las hojas. La noche era tan dueña del tiempo, de las cosas y de los hechos, que aún el ruido de sus pasos, la polvareda de las patas de Radal o el lamento de un buey o un becerro, a la distancia, parecían formar parte de ella como si así hubiera estado escrito y designado desde siempre.

En casa, Tomás estaba

inquieto y notó su salida. Luego de un rato que no lo sintió regresar, fue a la ventana. A la luz de la luna, Antonio y Radal se perdían allá arriba donde terminaba la cuestra. Se vistió y montó el caballo alazán\* al pelo; lo lanzó al galope hacia la laguna.

Encontró al niño arrodillado, anudando la cuerda al tronco del coigue, tan concentrado en su labor como si en ello le fuera la vida. No volvió la mirada ni siquiera cuando su padre saltó del caballo.

—¿Qué vas a hacer, Toño?  
¡Dime! —Tomás lo sacudió de los hombros casi con violencia y sintió el tumulto de sollozos.

La voz del niño sonó ronca y dolida:

—No hiciste nada, papá.  
¡Nada! Cuando botaron los árboles, ¿dónde estabas tú?

—¡Esto no es nuestro, entiende, no es nuestro!

—¡Esta laguna es mía!

—¡No!

—¡Sí!

—¡No!

—¡Sí, papá!

—¡No, Antonio!

—¡Sí, porque la quiero!

—Pero... ¿Qué vas a hacer?

—Me la llevo, papá. ¡La laguna es mía y me la llevo!

El niño tiró con todas sus fuerzas de la cuerda atada al tronco del viejo coigue. ¡Entonces, la laguna dio un enorme salto que hizo ondear las aguas quietas! Los patos graznaron asustados hacia la orilla de la isla. Antonio volvió a tirar de la cuerda y esta vez ya no fue un salto sino varios metros que la laguna avanzó hacia el camino viejo.  
Sin poder comprender si los

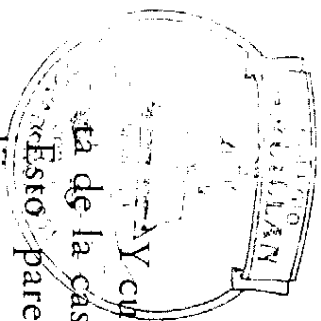
milagros existen ni qué clase de milagro era este, el padre asió el extremo de la cuerda y montó el alazán: —¡Ya, Toño, tira, vamos, vamos!

Y el coigue y la laguna, la isla de los patos quién sabe y las raíces de los árboles muertos comenzaron a avanzar sin detenerse con un fragor sordo, profundo y subterráneo, como una interminable catarata de piedras que anunciaba el paso de la laguna que se quería ir. Era un barco de agua, era una nave al revés que navegaba sobre polvo y rocas dejando un surco ancho y profundo como una cañada, en la cual de tramo en tramo asomaba una nueva vera de agua que ensanchaba el curso del estero que perseguía a la laguna como un perro.

Los patos iban desde su isla hasta la orilla graznando sin parar.

«¡Vengan —parecían decir a los animales que dormían—, vengan a ver nuestro barco de agua!» Otros patos más aventureros salieron para seguir la laguna desde la tierra removida, capturando lombrices entre los terrones apenas alumbrados por el alba. Mientras, Radal persiguió a ladridos una culebra que finalmente halló cobijo bajo un tronco sin explicarse qué estaba ocurriendo en una noche que parecía tan calmada. Luego seguía ladrando sin cesar a la laguna, cómo si arriara un rebaño de agua y patos.

La laguna había tomado ya la suave pendiente del camino viejo. El agua iba como loca de aquí para allá palmoreando los bordes donde los patos se sacudían después de cada golpe de ola y luego continuaban graznando hacia todos lados.



80

Y cuando ya estaban a la vista de la casa apareció doña Marta. «Esto parece acabo de mundo», dijo, y comenzó a ayudar en el arrastre hasta que llegaron al bajo, más allá del galpón, entre la huerta y el monte, donde Antonio indicó que la laguna debía quedar.

Luego el niño se abrazó con sus padres mientras miraban cómo el estero llegaba a la laguna para alimentarla por siempre.

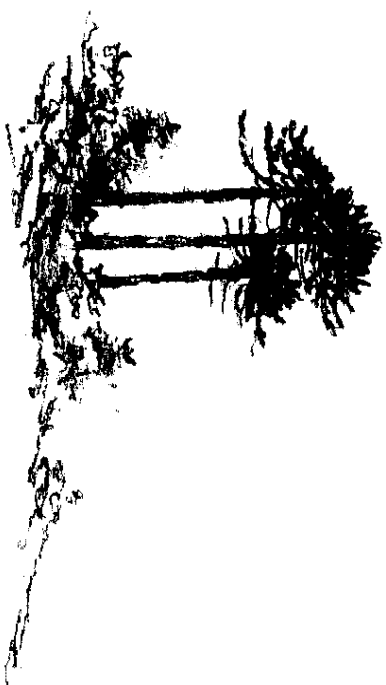
Radal estuvo seguro de que sus ladridos eran los que la habían empujado hasta llegar a su lugar.

Doña Marta se persignó y dio gracias porque los milagros existen para la gente buena y de ellos no hay que rendirle cuentas a nadie.

Tomás desató la cuerda y mientras la enrollaba palmoteó el cuello del alazán y le murmuró «¡gracias, viejo!»

81

Y Antonio se pasó las manos adoloridas sobre el sudor y el polvo de su frente y se puso a reír pensando en la cara que pondrían sus amigos cuando vieran que la laguna de los quién sabe había llegado a casa.





## Anita Luz

Anita Luz tenía siete años. Era dueña de un pato gritón llamado Manso y de un perrito de nombre Terrón, aunque a veces le decía Topo, Tambor, Tonitro o Tapón, siempre un nombre que empezara con T. La niña vivía con sus padres en el valle del río Trueno, en un campo entre el camino y la montaña del sur.

Su casa era baja, de madera pintada con amarillo desteñido y musgosas tejuelas de alerce. Al frente, dos enormes avellanos protegían la casa cuando el frío viento norte volaba sobre el valle.

La escuela de Anita quedaba



a media hora de camino y Terrón la acompañaba todos los días hasta su puerta. Ella le iba dando trocitos de pan mientras le contaba de sus cosas de niña. Al mediodía Terrón estaba atento a la campana de la escuela para esperar su llegada.

Anita era morena y alegre, delgada, de grandes ojos café oscuro. No podemos saber si era feliz allí, pero lo pasaba bien. Era buena la escuela, sus compañeros y el lugar; el matrimonio de profesores que era el «señor» y la «señora» y los largos domingos en casa, con tortillas y pan de miel.

En las tardes de bonanza, cuando el sol jugaba a aparecer entre las nubes, Anita y Terrón corrían hasta el cerro, a la vertiente. Allí estaba el roble, el árbol de Anita, que crecía enorme entre el arroyo y las rocas.

La niña jugaba o estudiaba allí, y le hablaba al árbol lo mismo que a sus padres o a Terrón. En los días secos de verano iba temprano a mojar su árbol con agua de la vertiente; después de cada temporal de invierno corría a ver si a su roble le había pasado algo.

—El roble es mi amigo, papá. Cuando le digo algo gracioso se ríe. ¡Lo siento retísel! Tienes que ir conmigo para escucharlo. A veces no hay viento, nada de viento, y cuando me ve llegar mueve sus ramas así, ¡pero fuerte! —y Anita sacudía los brazos—. Es cierto.

—Los árboles no se ríen, hija; eso no puede ser porque Dios no les dio alma. Tu mamá te lo puede decir —comentaba sonriendo su padre, mientras preparaba su mate.

—Papá, nunca vas a cortar ese árbol, ¿verdad?

—No, hija, el roble es tuyo y nunca le haré nada.

—Sí, porque no hay ninguno como ese. Los otros robles del bosque no tienen su olor tan rico ni mueven sus ramas como él. ¡Lo quiero tanto!

Así, entre su casa, la escuela y el roble del cerro, Anita Luz vivía su vida. Pero también había problemas; una tarde sus padres la llamaron.

—Queremos conversar contigo —dijo su padre, preocupado—. Te habrás dado cuenta de que las cosas no andan bien, el campo es pequeño y no nos da para vivir. Conseguí un trabajo en la ciudad para ayudarnos. Empiezo a trabajar el lunes pero vendré todos los fines de semana a verlas. Si me va bien quizás vendamos el campo a fin de año para irnos a la ciudad los tres, ¿te gustaría?

La niña no sabía si aquello le iba a gustar o no. En la ciudad hay luces, cosas nuevas y caramelos en las esquinas, pero...

—Mamá —dijo Anita días después—, si nos vamos me llevo a Terrón y a mi pato, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y mi árbol, mamá, qué pasará con él?

—Vendremos a pasear acá de vez en cuando. Entonces lo verás.

Se fueron a la ciudad un domingo. Anita Luz y Terrón fueron al roble por última vez antes de partir. Aunque ya era verano llovía suavemente y ella lloró.

—Te vendremos a ver de nuevo, no sé cuando, pero vendré. Todas

las noches rogaré por ti y por tus amigos los pájaros y...

Nada más pudo decir y se abrazó al tronco del roble un largo rato hasta que sus padres la llamaron. Anita Luz partió sin atreverse a mirar hacia atrás. Sabía que una rama del roble se agitaba como una mano en despedida, y no había viento.

En la ciudad se acostumbró poco a poco a sus nuevos amigos, al barrio y al colegio, pero añoraba el bosque y el aroma de su antiguo hogar. En el patio de la casa, frente a su ventana, se erguía un hermoso árbol joven, un canelo\*, pero sus ramas y hojas nada le decían a la niña.

En el campo, el nuevo dueño partió una mañana hacha en mano hasta la vertiente. «Este roble dará buena madera y me lo pagarán bien», pensó. Con energía dio un chazo tras otro a la base del tronco.

De pronto y mucho antes de lo que suponía, el enorme árbol cayó lentamente contra las rocas. «Qué raro —pensó el hombre—, yo creí que me daría trabajo para toda la mañana, pero cayó fácil. Es como si hubiera querido caer». Con nuevos golpes separó del tronco las ramas bajas. «¡Qué lindo color, qué linda vetal!», murmuró. Luego arrastró el tronco con sus bueyes hasta el camino.

Al mediodía el roble era hecho madera en el aserradero.

Pasó un año hasta diciembre.

—El próximo martes nuestra hija está de cumpleaños —recordó una noche la madre de Anita Luz—. Creo que merece un regalo bonito.

Ella quiere una muñeca y en el centro vi una.

—Mi hija tendrá su regalo lindo y no será una muñeca—dijo el padre—. He trabajado mucho para comprarle algo bueno; ya lo verás.

—Pero tiene que ser una muñeca, ella me lo dijo.

—Ya lo verás, mujer, buenas noches.

El martes llegó el padre con el regalo, antes que Anita volviera del colegio. En verdad era algo muy hermoso y con gran cuidado lo pusieron en la pieza de la niña. Terrón parecía ser el más contento pues no cesaba de saltar.

—¡Qué perro tan loco, tranquilo!—reclamó el padre.

—¡Ahí viene Anita Luz!

—anunció la madre.  
La abrazaron con cariño y la llevaron al dormitorio.

—Tu regalo, hijita, ¿te gusta?  
En la pieza iluminada por el sol del atardecer lucían un velador y un catre de roble finamente elaborados, que reflejaban la luz en rojo y oro.

—¡Pero yo quería una muñeca, no esto!—dijo Anita furiosa, y le dio un puntapié al respaldo del catre. Entonces...

La niña quedó inmóvil y asombrada, con las manos en sus mejillas, mirando los muebles como si fueran fantasmas.

—Pero, hija, yo...—quiso decir el padre.

—Papá, ¡nunca me dijiste que habían botado mi árbol!

Anita Luz se había arrodillado apoyando su frente en el velador.

—No sé, Anita, yo pienso que tu árbol debe estar allí. Si quieres iremos a...

La niña negó lentamente y volvió el rostro a sus padres. Dos enormes lágrimas rodaron de sus ojos, pero había en su cara una alegre paz.

—¡Este es mi árbol, papá! Pedí a Dios por él muchas veces para que estuviéramos juntos de nuevo y mi roble tenía estos muebles, escondidos en su tronco, para volver a mí. ¡Escúchalo, papá, que nunca me creíste! ¡Ven, mamá, oye como se ríe! Y los muebles no solo se rieron, sino que agitaron sus patas como potrillos, al tiempo que los cajones del velador se abrían y cerraban.

—Nadie podrá crear esto—dijo el padre, algo asustado pero contento, mientras recogía su mare que se le había caído con el asombro.

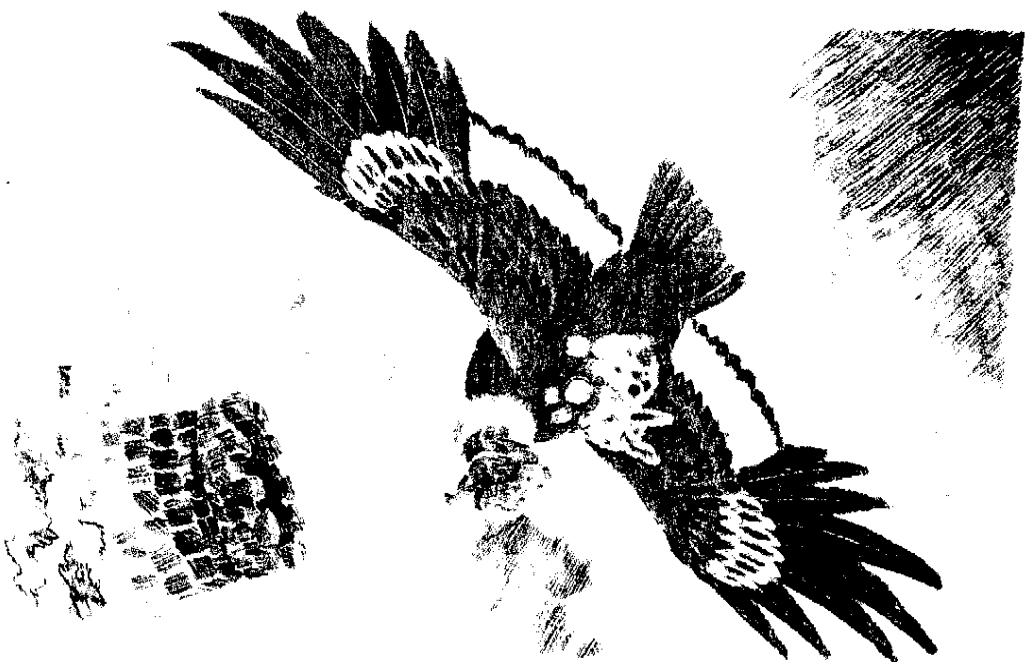
—Pero falta una cosa—dijo Anita Luz y abrió la ventana.

En las ramas del canelo cien pájaros cantaban al mismo tiempo. Algunos volaron hasta la pieza y se posaron sobre el catre y el velador sin cesar de trinar.

La niña estaba tan contenta que esa noche tardó mucho en dormirse. Contó un montón de cosas nuevas a su roble y, ya dormida, navegó sobre el valle azul de su niñez y soñó mil paisajes en las alas de los pájaros.

Y desde entonces, cada día, cuando llega la hora de levantarse para el colegio, las patas del catre hacen tá-tá-tá sobre el piso, el velador le sigue con su ruido de cajones y los pájaros picotean los vidrios hasta que Anita Luz despierta.

Pero a veces es tal el bullicio de sus amigos que ella debe fingir que está enojada y los hace callar.



## Tres cielos y una oreja

Los animales de aquel bosque entre la cordillera y el mar tenían un amigo humano llamado Pepe, un veterinario que a poco de terminar sus estudios decidió ejercer en un pequeño pueblo del sur, bajo montañas y volcanes, sobre los torrentes cristalinos de nieve y luz de los ríos australes.

«Quizás ganaré menos dinero pero haré lo que me gusta: conocer y ayudar—si puedo—a nuestros animales silvestres», explicó a sus amigos de la Ciudad de los Tres Cielos, donde había estudiado.

Y en los largos y fríos fines de

semana que dedicó a recorrer los bosques, fue conociendo a los animales y los animales aprendieron a conocerlo a él. Allí Pepe supo de sus gustos, de sus alegrías y penas; les ayudaba ante enfermedades y accidentes. Conversaba con ellos en las playas y claros de los bosques, cuando había bonanza, o cuando llovía, en una pequeña y muy rústica cabaña que construyó junto a renovales, al borde de un estero.

Y decimos «conversaba» porque poco a poco los animales comenzaron a captar en forma de ideas lo que su amigo humano les decía. Así pasó aquella mañana que Pepe había recorrido la playa del mar cercano en compañía de Palomayor, la más vieja de las gaviotas, la que cientos de veces surcó todos los mares acompañando a los buques de carga.

En la cabaña y ante la mirada arenta de todos, Pepe examinaba con esmero el resultado de su búsqueda. Sobre la mesa tenía ocho o diez conchas de almejas vacías, grandes, intracas y con el encaje perfecto de un baúl de nácar. Después de un largo rato apartó las que consideró mejores.

—Estoy seguro de que jamás han visto lo que les voy a mostrar ahora —dijo Pepe.

Con gran cuidado extrajo de su bolsillo un reloj de oro que destelló con luz de primavera al colgar de su cadena dorada.

—Esto es lo que nosotros llamamos un reloj —les mostró—. Con él podemos saber qué hora es, es decir, en qué momento del día nos encontramos; cuánto falta para dormir, o para que oscurezca, o para que aclare.

Les contó luego que la hora



era la misma para todos los que vivían en el pueblo cercano aunque sus relojes fueran diferentes; les habló de lo que significaba una hora en tiempo.

—Por ejemplo, yo demoro una hora en caminar desde aquí a la playa siguiendo el curso del estero. Pero es necesario saber contar, es decir ocupar los números, para que puedan saber la hora, y siento que es muy difícil que ustedes lo aprendan. Aunque... sí, puede ser —pensó, mirando a un conejo blanco de pintas negras—. Pintado, sube a la mesa, por favor.

Antes que terminara de pedirlo el conejo estaba junto a él. Pepe giró las manecillas del reloj y colocó casi las doce.

—Este reloj, muy antiguo y valioso, lo traje mi abuelo desde muy lejos —continuó Pepe—, cuando

Llegó a este país sobre la cubierta de un viejo barco de vapor, hace ya tantos años. Pero, miren, lo adelanté hasta solo un momento antes del mediodía, que es cuando el sol está justo sobre nosotros. Entonces el reloj hará sonar doce veces su campanilla, una por cada hora que ha pasado entre la medianoche y el mediodía. Los hacían así para que pudiera saberse la hora aun en la oscuridad. Pintado, quizá serás el primer animal del mundo en saber la hora. Cuando suene la primera campanilla moverás tu rabo que será la una; luego, con la segunda campanilla, esta para de atrás será las dos; la otra, las tres; la cuarta será esta para delantera...

Y Pepe siguió dando sus instrucciones: el cuello, la boca, la nariz, los ojos.

—Y esta oreja de acá será las once y esta otra las doce —concluyó.

Así lo hicieron. Pepe programó varias veces el reloj para que el conejo ensayara, divertido.

«¡Miren —parecía decir Pintado, orgulloso—, soy el único animal del mundo que sabe qué hora es!»

Luego Pepe volvió el reloj a la hora y lo encerró en una almeja. Desplegó con cuidado un papel de regalo sobre la mesa.

—Dentro de un rato viajaré al norte —indicó—. Mañana, exactamente al mediodía estaré en la Ciudad de los Tres Cielos entregando este reloj al alcalde (un alcalde es como el jefe allí), delante de mucha gente que habrá en el museo. Los museos son casas enormes donde los humanos guardamos cosas interesantes para que todos puedan verlas. Este será el aporte de mi familia a ese lugar. He

querido llevarlo en esta almeja para que algo de este valle esté presente allí —concluyó, al tiempo que terminaba de hacer el pequeño paquete.

—¡Los veré a la vuelta! —gritó alegre, desde el sendero.

En ese momento eran las diez de la mañana.

Más tarde, casi al mediodía, los animales volvieron a encontrarse en la cabaña. Estaban allí la gaviota Palomayor, el cóndor Vuela Veloz, el conejo Pintado, el Chunchu Sabio y varios más. Un encuentro más de tantos en que hablaban de sus cosas. De pronto, sobre el viento de afuera y el silencio de adentro volvieron a oír ese ruido. Silenciado desde su

encierro, pero presente al fin, volvieron a escuchar el ruido de campanillas del reloj.

Palomayor voló sobre la mesa y sacudió a picorazos las almejas, abriéndolas. La tercera o cuarta mostró lo que temían. ¡Pepe se había equivocado al llevarse una almeja vacía, el reloj estaba ahí!

El silencio tras ese triste descubrimiento no podían medirlo en tiempo. Se miraban entre sí y todos se asomaron a la mesa para vencerse.

—Pepe rendrá un grave problema mañana—murmuró Palomayor, angustiada.

—Grave es poco decir—añadió Chunchu Sabio—. ¡Será algo terrible! Entre muchos humanos hará el más espantoso de los ridículos, que así le llaman ellos y a nada le temen más que a eso.

—¡Le llevaremos el reloj! —aseguró Palomayor—, nuestro amigo no merece ese sufrimiento. Vuela Veloz, tú eres el más rápido entre nosotros. Deberás encontrarlo.

—Salgo ahora mismo, pero ¿para dónde? ¿Cuál es la Ciudad de los Tres Cielos? He volado tanto acá y allá de las grandes montañas nevadas y jamás la he conocido —Vuela Veloz miró a Palomayor y a los demás. Otros animales se acercaron al grupo pero ninguno tuvo respuesta.

—Tendrás que buscarla sin perder más tiempo —afirmó Chunchu Sabio—. Solo sabemos que es hacia allá, de donde sopla el viento de lluvias. Hacia allá debes volar. ¡Ahorral

—Yo iré contigo —afirmó Pintado—. Soy el único que te puede decir la hora.

Y eso te volvió más loco que antes —gruñó Coludo, el paro chara—; solo irás a molestar.

—No. Está bien—dijo Chuncho Sabio—, Pintado debe ir. Por el motivo de su viaje es importante que sepan cuánto tiempo les queda.

Colgaron el reloj del cuello de Pintado y enlazaron el conejo al cuerpo de Vuela Veloz. Poco después los viajeros partían rumbo al norte, tan alto que el conejo no se atrevía a mirar hacia abajo y prefería apreciar la forma de las nubes mientras Vuela Veloz batía las alas con ritmo certero. Abajo y lejos, los bordes de las montañas iban dejando a la vista enormes quebradas que acogían ríos profundos y bosques de un verde cambiante. De pronto aparecía una laguna; luego era el humo y las calles de un pueblo; más allá, al sobrepasar un enorme volcán de

como blanco, apareció una extensión gigante de agua azul marino cuyas costas se perdían a la distancia.

«Llegamos al mar del lado de acá», se atrevió a decir Pintado. Volaron largo rato sobre el agua hasta que el cóndor comenzó a descender a una playa de arena cercana a un pueblo del que nacía un río torrentoso. Se posaron allí frente a dos enormes cisnes de cemento que parecían flotar sobre las olas.

—¿Por qué no se mueven?  
—preguntó Pintado.

—Porque no son de verdad, están hechos por los hombres. Bájate, allí hay un martín pescador que nos podrá decir dónde está la Ciudad de Los Tres Cielos.

El martín parecía dormirar sobre una roca pero los vio venir. El cóndor se bamboleaba a cada paso; el conejo avanzaba a pequeños saltos

cuidando que el reloj no se arrastrara en la arena. «Es un par de animales bastante raro», pensó el martín, pero no pareció asustarse. «¿Qué llevas ahí?», preguntó.

—Es lo que los hombres llaman un reloj para ver la hora. Mira, podemos decir que mi cola es la primera hora y...

—No hay tiempo para eso, Pintado. Dinos, amigo martín, ¿dónde nos encontramos; qué mar es éste; es esa la Ciudad de los Tres Cielos?

—Iré por orden, amigo. Para empezar, esta es la región de Llanquihue y ese no es un mar, es el gran lago Llanquihue, mi lago.

—¿Y el pueblo no es...?

—No. Es el pueblo de Llanquihue.

—Tienen nombres muy originales —murmuró el conejo—. Tú debes llamarte Llanquihue.

—No, mi nombre es Pangué —dijo el martín—, y esa Ciudad de los Tres Cielos. Sí. De oírla, la he oído y está para allá —dijo Pangué, indicando hacia el norte—, pero más no sé. ¿Qué buscan?

—Buscamos a Pepe, nuestro amigo humano, al que debemos entregarle este reloj que llevamos antes del mediodía de mañana. ¡No sabes lo urgente que es esto y aún no sabemos dónde queda la ciudad!

—dijo el cóndor, con desconuelo.

—A orillas de este lago solo hay ciudades lindas como ésta —aseguró Pangué—. Donde terminan las olas del agua sus mujeres han hecho olas de flores, allá Puerto Varas y acá, Frutillar —el martín mostró el sur y el norte—, pero esa otra ciudad está muy lejos aún, no sé cuánto.

El martín observó con atención cómo Pintado subió al lomo

del cóndor que se aprestó a elevarse.

—¡Conejo! —gritó—, pregunten a los choroyes. Ellos saben.

Un rato después los viajeros estaban muy alto volando sobre campos de cultivo y de pastoreo. Comenzaba a atardecer ya. Encontraron una bandada de choroyes y por ellos tuvieron, ¡al fin!, una señal más clara.

—Nosotros pasamos por la Ciudad de Los Tres Cielos ayer —les dijo Plumaverde, el choroy mayor—. Pero ustedes solo podrán llegar allá mañana. Está lejos. Sigán el camino de los hombres y la gran ciudad que verán pronto es Osorno, a orillas del Rahue; más allá La Unión, la de la plaza más linda, pero aún les faltará mucho. Pregunten a los treiles\*, esos lo saben todo, esos gritan más que nosotros. ¡Adiós, amigos!

Ya se había ocultado el sol

cuando descendieron a un bosque frondoso a orillas de un río ancho y manso.

—Este es el Río Bueno. Viene de lejos, del lago Ranco, donde nacen las rocas y el murmullo de las aguas —escucharon decir.

Miraron para todos lados. Bajo las ramas de un roble un púdú\* los miraba con atención y con cierto temor.

—¿Cómo sabes que no somos de acá?

—Es que les vi cara de pregunta —dijo el púdú—. Además, yo soy de aquí o era. No, no sé. Con mucha pena deberé irme ahora.

—¿Te persiguen? —preguntó Vuela Veloz.

—Sí, sí. Un zorro malvado —el púdú miró temeroso a todos lados—. Me ha seguido todo el día.

—¿No hay quien te ayude?

—No, no. Estoy solo. Y él me busca por aquí cerca, ahora.

(El pudo repetiría los sí y los no porque así lo hacen los pudieses).

Vuela Veloz alzó el vuelo y entró en el bosque. Al poco rato Pintado y el pudo oyeron un ruido colosal de gritos y ramas quebradas. Pronto volvió el cóndor.

—Listo. No volverá a molestarte nunca más. Le faltó cuero para recibir la paliza que le di y ahora le faltan patas para correr.

—Ya debe ir por Llanquihue —rió Pintado.

Entonces el reloj comenzó a sonar dando las diez. Durante el vuelo los animales no podían escucharlo por el ruido del viento. Ahora, ante ese pudo llamado Lingue, que no podía creer lo que veía, Pintado ensayó su forma de ver la hora.

Esa noche los tres animales conversaron de muchas cosas y luego durmieron allí. Para el cóndor y el conejo el día siguiente sería el más importante de sus vidas.

Salieron en cuanto aclaró y volaron al norte sobre montañas que en sus partes más altas conservaban la niebla del amanecer. El sol comenzó a subir dando colores intensos a los bosques y los campos. No encontraron ningún ave en su camino y los viajeros estaban preocupados. El tiempo pasaba. De pronto, todo lo verde del paisaje pareció bajar hasta un gran lago rodeado de juncos. Muchas parejas de cisnes de cuello negro\* nadaban sin prisa por doquier. Vuela Veloz descendió a una isla pequeña junto a la cual nadaban un gran cisne llamado Rey y su compañera Niebla. Al bajar, Pintado se entredó en la cadena del reloj y rodó hasta la orilla. «¿En

cada bajada se revolcará así?, pensó el cisne, ¡Qué viajeros más raros!» Pero fue cortés y puso atención cuando Vueta Veloz les contó quiénes eran y de donde venían.

—Esto es muy urgente, amigo cisne, dínos: ¿dónde está la Ciudad de los Tres Cielos?

—Muy cerca, amigos —contestó el cisne.

—¿Por qué se llama así? —preguntó Pintado, sin poder contener su curiosidad.

El cisne los miró con incredulidad.

—¿Cómo es posible que no lo sepan? Deben ser de muy lejos, en realidad. Yo les contaré.

Se alisó las plumas y tomó una acitruud solemne que anticipaba lo importante de su explicación:

—Aquella que está poco más allá es la Ciudad de los Tres Cielos.

Fue creada por los hombres hace mucho tiempo, en un lugar en que el cielo se veía también en las aguas de sus grandes ríos. Así, siempre tuvieron dos cielos. Y fue tan grande el cariño y el esfuerzo de su gente por hacer que su ciudad fuera tan hermosa como el paisaje que en su afán lograron vencer grandes penas y desgracias. Entonces, a cada uno de ellos, Dios le regaló otro cielo en el corazón. Para que nunca perdieran el amor por su ciudad, aun en la oscuridad de la lluvia, la noche o la tristeza; para que en sí mismos la vieran y la llevaran siempre; para que donde estuvieran no la olvidaran nunca. Ellos también la llaman Valdivia y dicen que su ciudad tiene alma. Eso es cierto, amigos, porque ese otro cielo es el alma de Valdivia.

El cisne los miró, pensativo.

—Ahora ya lo saben —concluyó.

¡Entonces el reloj dio la hora! Pintado comenzó una vez más a moverse en cada campanilla: la cola, la pata de atrás, la otra. Los cisnes lo miraban pasmados sin entender nada. El hocico, esta greja. ¡Y no hubo más tañidos! Conejo y cóndor se miraron, angustiados.

—¡Vuela Veloz, solo nos queda el tiempo de una oreja!, ¡Vamos, volemos ya! —Pintado volvió a enredarse en la cadena y rodó hasta la orilla.

—¡Lleguen al viejo torreón\* y pregunten a las palomas! —gritó el cisne cuando los viajeros emprendían el vuelo—. Ellas deben saber cómo encontrar a su amigo.

—Pintado, ¿qué es un torreón? —preguntó Vuela Veloz cuando ya iban en vuelo.

—No sé. Pregúntale a las palomas.

—Tampoco sé cuáles son las palomas.

—Entonces, pregúntale al torreón, pero, ¡mira! Un treile volaba poco más allá.

—¡Vamos donde él, Vuela Veloz!, recuerda lo que nos dijo el choroy, que los treiles lo saben todo. Luego eran los tres que volaban veloces a Valdivia, de la que ya velan sus casas y calles.

—¡Ya, amigos! Después que pasemos frente al gran puente llegaremos al torreón de la escuela. Conozco varias palomas ahí, ellas saben —aseguraba el treile llamado Fraile.

La gente de las calles los miró con sorpresa cuando se posaron sobre el torreón.



—¡Yo conozco a Pepe! —gritaron varias palomas, después de escuchar a Vuela Veloz.

—¡Y yo, a mí una vez me sanó una para herida! —gritó otra.

—¡Yo he comido pan en su mano! —gritó la de más allá—. Sé dónde vive, es cerca del otro torreón. ¡Vamos, acompañemos a los amigos!

Así, cóndor, conejo y treile partieron rodeados por decenas de palomas, a las cuales se les unieron otras aves en el viaje. Era una banda de de trinos y arrullos frente a la cual iba el ave más grande que Valdivia hubiera conocido. Todas las personas que aquel día vieron ese grupo estaban seguras que jamás volverían a ver algo así.

«¡Era un ave enorme, papá —contó esa tarde un niño de la escuela vecina al torreón—, y encima

llevaba algo que no sé que era, pero tenía orejas largas!»

Los animales llegaron al otro torreón. Ellos no lo sabían, pero en ese momento faltaban veintidós minutos para el mediodía.

—¡Esa es la casa, la que tiene flores rojas y amarillas a la entrada! —gritó la paloma.

Entonces la puerta de la casa se abrió. Pepe salió vestido de una forma que nunca lo habían visto los animales: terno y camisa blanca. Tan distinto de las botas y la manta que siempre llevaba en el valle. ¡Pero qué importaba, era él! Se deruvo un momento en la puerta para asegurarse de llevar el paquete en que suponía iba el reloj. Caminó dos pasos, se ajustó el puño de la camisa y entonces levantó la vista a lo alto del torreón, desde donde Vuela Veloz descendió hasta él.

¡Es difícil contar lo que pasó entonces! Fueron tantos los «cómo», los «por qué» y los «pero» de Pepe cuando vio a sus amigos con el reloj. Se rascaba la cabeza, los abrazaba, reía y lloraba.

—¡Lo que ustedes han hecho, amigos, lo que ustedes han hecho! ¡Que el cielo me dé vida para agradecerlo y contarlo siempre! ¡Ah, esto sí es una hazaña!

Apenas podía hablar ya y recordó que debía marcharse.

—¡Espérenme a almorzar, amigos! —gritó desde la esquina—. ¡Conozcan la ciudad! —agregó abriendo los brazos.

Vuela Veloz, Pintado y sus nuevos amigos pasaron luego bajo los enormes puentes, volaron sobre la ciudad universitaria y las grandes industrias. Justo al mediodía veían desde la altura toda Valdivia,

todos los ríos y el mar cercano. Tan alto volaban.

En ese momento y allá abajo, en el museo de la Ciudad de Los Tres Cielos, un viejo reloj de bolsillo dio una vez más las doce campanadas.



## GLOSARIO

**Alazán:** Caballo de pelo rojizo.

**Alerce o lahuén:** árbol de tipo conífera (con tronco, ramas y frutos en forma de conos) que crece entre Valdivia y Chiloé continental, principalmente en los faldeos de la precordillera. Alcanza hasta 40 metros de altura y más de 2 de diámetro. Vive más de mil años y su madera rojiza, liviana y de gran duración es la más valiosa de las chilenas. Se usa en revestimientos finos, tejuelas y embarcaciones. Esta especie está protegida por ley.

**Araucaria o pehuén:** Árbol de tipo conífera que crece en la cordillera, entre Nuble y Valdivia. Alcanza

hasta 50 mts. de altura y 2 de diámetro. Tiene forma de paraguas. Vive entre 600 y 1.000 años. Su madera de color blanco amarillento tiene múltiples usos y es una de las más valiosas del país. Sus semillas, los piñones, son comestibles. Esta especie está protegida por ley.

**Avellano:** Árbol nativo de hojas perennes (que no caen en otoño). Se le encuentra desde Colchagua hasta las islas Guaitecas; crece en terrenos abiertos y quebradas cerca de las aguas. Posee hojas verdes y lustrosas, útiles para decoraciones; sus frutos, las avellanas, son de alto valor alimenticio y su madera es muy hermosa para muebles, chapas y tallados.

**Becerro:** Ternero que ha dejado de mamar.

**Caleuche:** Barco fantasma de la mitología chilota.

*Campephilus magellanicus*. nombre científico del pájaro carpintero\*.

**Canastero de cola larga:** Ave pequeña de color café en su parte superior y gris en la inferior, con tonalidades rojas y amarillas en la garganta y alas. Se alimenta de insectos y vive principalmente en laderas precordilleranas desde Los Andes hasta Aysén.

**Canelo:** Árbol nativo de hojas perennes y flores blancas en primavera. Se encuentra casi en todo Chile, desde el río Limarí hasta Cabo de Hornos, pero es más abundante y de mayor tamaño en el sur. Árbol sagrado de los mapuches.

**Carpintero:** Hermosa ave trepadora

de color negro con brillo azulado. La cabeza del macho es color escarlata. Vive en los bosques del sur y se alimenta de insectos y larvas que captura taladrando la madera con su pico en forma de cincel.

**Chalupón o lancha chilota:** Embarcación grande de madera, con velas y cubierta. Puede llevar carga en su interior.

**Chercán:** Ave pequeña de plumaje en distintas tonalidades de color café. Se alimenta de insectos. Vive en todo Chile en bosques, campos, quebradas, plazas y jardines. Su canto es tan fuerte que no parece provenir de un ave tan pequeña. Vuela a muy baja altura.

**Chincol:** Ave pequeña de canto agradable. Posee colores poco vistosos

con predominancia del café en la parte superior y blanco grisáceo en la inferior. Vive en campos, parques y jardines.

**Choroy:** Loro de vistoso plumaje verde y cola roja oscuros. Acostumbra vivir en los árboles. Siempre se le ve en grupos, alimentándose de frutas y granos. Habita desde la Zona Central hasta Aysén.

**Chucao:** Ave pequeña con distintas tonalidades de café y gris moteado en la parte superior y alas. Su garganta y pecho son de color café rojizo. Tiene patas muy grandes con las que escarba la tierra buscando alimento. Vive en bosques y quilas\*.

**Chuncho:** Búho de tamaño mediano de color café con manchas y líneas blancas. Vive en todo Chile, en

bosques y en la cordillera. Se alimenta de pequeños mamíferos, reptiles e insectos que puede cazar incluso de día.

**Ciprés de las Guaitecas:** Árbol austral de hojas perennes (que no caen en otoño) y con fruto y ramas en forma de conos (conífera). Su madera es de excepcional calidad, duración y agradable aroma, y se usa para construir casas y embarcaciones. Se encuentra desde Valdivia hasta Magallanes, siendo más grande y abundante hacia el sur. Crece en sitios húmedos.

**Cisne de cuello negro:** Una de las aves acuáticas más grandes de Sudamérica. Es completamente blanca con excepción del cuello. Habita desde Atacama hasta Tierra del Fuego. Se alimenta de pequeños animales y plantas acuáticas que captura en la superficie del agua o sumergiéndose.

**Coigue o coihue:** Árbol nativo grande de hojas perennes (que no caen en otoño). Crece desde Colchagua hasta Aysén. Posee un ramaje horizontal muy característico. Es el árbol más abundante en Chile y su madera es muy apreciada para la construcción y mueblería.

**Concón:** Búho mediano que habita en bosques. Tiene la cabeza negra, la garganta blanca y café con leche, y el resto del cuerpo negro, café y blanco amarillento.

**Cóndor:** La más grande entre las aves de rapiña. Tiene la cabeza y el cuello desnudos de color rojizo, con un collar de plumas blanco en la base del cuello. El resto de su cuerpo es negro y los extremos de las alas son blancos. Vive en la precordillera, desde Arica hasta el Cabo de Hornos.

**Cuervo de río o yeco:** Ave de plumaje negro, común en riberas de ríos, costas e islas. Habita desde Arica hasta Cabo de Hornos.

**Golondrina:** Ave pequeña de color azul metálico y blanco. Sus alas y cola son negruzcas. Vive en campos y ciudades desde Copiapó hasta Tierra del Fuego. Se alimenta de insectos que captura en el aire.

**Laurel:** Árbol nativo grande de hojas perennes (que no caen en otoño). Crece entre Colchagua y Puerto Montt, en suelos húmedos. Su madera es muy durable y apreciada para muebles y chapas.

**Loica:** Ave de tamaño pequeño a mediano, con las partes superiores café y la garganta, el pecho y parte del abdomen de un rojo distintivo.

Habita desde Copiapó hasta Tierra del Fuego. Se alimenta de insectos y semillas.

**Maño:** Árbol grande de tipo confitera (tronco, ramas y hojas en forma de conos), que crece entre Cautín y el Golfo de Penas, en terrenos húmedos. Su madera de vétreado amarillo es excelente para muebles y revestimientos. En el sur del país se emplea como árbol de Navidad por su hermoso aspecto.

**Martín pescador:** Ave grande, de cabeza y lomo azulados con brillos metálicos; pecho y vientre castaños. Tiene un pico grande y fuerte con el que captura peces lanzándose al agua. Vive en riberas y playas de agua dulce o salada, desde el Biobío al Sur.

**Pato colorado:** Pato grande. El macho es de color café rojizo con lomo negro y celeste en las alas; la hembra es café oscura en el lomo con los bordes de las plumas anaranjadas y en las partes inferiores amarilla con manchas café. Habita desde Copiapó hasta el Estrecho de Magallanes.

**Pato correntino o cortacorrientes:** Pato mediano a grande. El macho tiene la cabeza, el cuello y el lomo a rayas blanco y negro; la hembra es gris por encima y café en la parte inferior. Habita en ríos correntosos de aguas claras desde Atacama hasta Tierra del Fuego.

**Pato cuchara:** Pato grande de color café moreado con la cabeza más clara. La hembra es de coloración más pálida y cola terminada en punta aguda. Habita en pantanos,

estuarios y lagunas desde Coquimbo hasta Magallanes.

**Pato juarjual:** Pato grande de coloración gris y café, con cola larga y puntiaguda. Habita desde Maule hasta Cabo de Hornos.

**Pato real:** Pato grande de colores llamativos, pero con predominancia del blanco y negro. Tiene la costumbre de silbar mientras vuela. Vive desde Atacama hasta Tierra del Fuego.

**Pato vapor:** Pato muy grande, de coloración gris moteado con gris azulado; garganta color ladrillo y abdomen blanco. Habita desde Valdivia hasta Cabo de Hornos y debe su nombre a la estela de rocío que dejan sus veloces carreras sobre el agua.

**Pelú:** Árbol nativo, mediano, de hojas perennes (que no caen en otoño). Se le encuentra a la orilla de ríos y lagos. Su madera es muy dura y su flor es de un amarillo intenso. Crece entre el río Maule y Palena.

**Pidén:** Ave grande que vive en las orillas de lagunas, ríos y esteros. De colores café y gris, con alas y cola cortas. Se alimenta de lombrices, insectos y semillas. Habita desde Arica hasta Magallanes.

**Pleamar:** Marea alta o punto máximo que ésta alcanza.

**Pudú:** Venado pequeño de unos 40 cms. de altura. Tiene astas pequeñas, orejas grandes y redondas, y pelo largo color castaño. Habita en bosques del centro y sur de Chile y Argentina.

**Quila:** Especie de bambú muy abundante en el sur de Chile. Crece con densidad en lugares pantanosos y a la orilla de ríos, donde llega a alcanzar 3 a 4 metros de altura.

**Quique:** Mamífero de cuerpo alargado, cola corta y de color café a negro, con una vistosa franja blanca que le atraviesa la cabeza hasta el cuello. Es carnívoro y un gran cazador. Vive en las orillas de ríos y lagunas entre Coquimbo y Aysén.

**Roble:** Árbol nativo muy grande, de hojas perennes. Crece en terrenos húmedos desde Aconcagua hasta Chiloé. Su madera rojiza es de gran resistencia y se utiliza para construcción, envigados, embarcaciones y muebles.

**Run-run:** Ave pequeña a mediana.

El macho es predominantemente negro mientras la hembra es café en su parte superior, con predominio de amarillo en la inferior con tonos rojizos y negros. Vive en pantanos y lechos de ríos, desde Coquimbo a Llanquihue. Se alimenta de insectos que habitualmente caza en el aire.

**Sacho:** Ancla chilota utilizada en embarcaciones menores. Está hecha de madera labrada y varillas que encierran una gran piedra al centro.

**Torcaza:** Ave de mediana a grande, con plumaje color castaño y una mancha verde con brillos metálicos en la nuca. Come semillas y frutas. Vive desde Atacama hasta Taitao.

**Torreón:** Antigua construcción fortificada de base redonda y mediana altura existentes en Valdivia. Fueron

construidas por los soldados españoles durante la conquista de Chile.

**Treile o queltehue:** Ave de tamaño mediano con lomo gris verdoso y brillo metálico; frente, parte anterior del cuello y pecho negros, y vientre blanco. Vive en playas de agua dulce y salada, pantanos y campos.

**Tricahue:** Loro grande, de hermoso y brillante plumaje. Su parte superior y cabeza es café oliváceo, el abdomen amarillo con centro rojo y tiene una cola larga. Vive en bosques, desde Atacama hasta Valdivia.

**Tucúquere:** Búho de gran tamaño, uno de los mayores del mundo, que se caracteriza por poseer penachos de plumas que simulan cuernos. Su color general es castaño. Vive en

todo Chile, en quebradas y bosques. Se alimenta de pequeños roedores.

**Zorzal:** Ave mediana con la cabeza y el lomo en tonalidades de negro y gris oscuro; el pecho y el vientre amarillo y café, y las alas y la cola negras. Vive en huertos, jardines y campos, desde Charañal hasta Cabo de Hornos.